

SEMBLANZA DE JUAN RAMON JIMENEZ

Alfonso María Landarech, S. J.

Como homenaje literario a la memoria del que fue en vida fundador y director por muchos años de nuestra revista, el Padre Alfonso María Landarech, y porque creemos será del agrado de nuestros lectores ponerse por última vez en contacto con su alma delicada y poética, publicamos este escrito —el último que salió de su pluma— en el que describe la historia de otro poeta, Juan Ramón Jiménez, y en el que sin querer nos deja retazos de su propia personalidad. El artículo vio la luz pública en la revista "Ateneo", órgano literario del Ateneo de El Salvador, en diciembre pasado. De ella la tomamos nosotros.

En Moguer, como quien dice Palos de Moguer, o la Rábida, por donde pasó Colón y los Pinzones camino de nuestra América; allí nació Juan Ramón Jiménez, una Nochebuena de 1881. "en una casa vieja de grandes salones y verdes patios"(1).

En el Colegio de los Padres Jesuitas del Puerto de Santamaría, en Cádiz, recibió junto con la enseñanza primaria y media, una esmerada educación religiosa que esperamos haya fructificado ante la eternidad. En "Almas de violeta" rezuma la devoción del congregante mariano de este Colegio. El primer poema se titula, litúrgicamente, *Ofertorio*, y en el titulado *Solo* clarea el adolescente piadoso que quemara todo un libro de versos paganos.

En lo alto de la montaña
sobre alfombra esmeraldina,
como un ósculo de nieve,
estaba la blanca ermita
que el sol de sangre besada
cuando en ocaso moría...
y dentro de ella la Virgen,
la Virgen pobre y bonita,
con los labios entreabiertos
en una triste sonrisa... (2)

Su esposa Zenobia Camprubí, de familia portorriqueña, la insigne traductora de Rabindranath Tagore, su ayuda medular inseparable y aliento en sus desalientos de la vida enfermiza y temperamental, fue siempre profundamente religiosa. Una sobrina del poeta, Victoria Hernández Pinzón y Jiménez, es en la actualidad esclava concepcionista del Real Colegio de Nuestra Señora de Loreto, de Madrid. Es de creer que no le abandonarían en sus fervorosas oraciones en la hora de su muerte ocurrida el 29 de mayo de 1958, a consecuencia de una pulmonía en la misma sala del Hospital Mimiya de Puerto Rico, donde falleciera también su bienamada esposa doña Zenobia Camprubí. Los restos de ambos reposan en el camposanto de Moguer.

Nosotros los salvadoreños tenemos un recuerdo que es casi un testamento firmado poco antes de morir. Me refiero a la dedicatoria de su puño y letra que envió para la edición de "Platero y yo" aparecida en el Departamento Editorial del Ministerio de Cultura. Dice así: "A los niños de El Salvador con un abrazo total". Juan Ramón Jiménez (3).

Todos hubiéramos querido en aquel entonces añiarnos para recibir ese abrazo total de Juan Ramón Jiménez, uno de los últimos de su vida.

- (1) Juan Ramón Jiménez, Breve autobiografía publicada en la revista "Renacimiento", Aguilar, Libros de poesía, p. XIX.
(2) Francisco Garfías. "Los borradores silvestres, de J. R. J.", Prólogo a Primeros libros de poesía. Aguilar 1959, p. 24.
(3) Juan Ramón Jiménez, "Platero y yo", Depto. Editorial del Ministerio de Cultura, San Salvador, 1957, pág. 9.

ENERGIA ELÉCTRICA Y...

bre un producto territorial bruto de ₡1.794.754.000 para ese año de 1963, los rubros correspondientes a estos tres grupos suman un total de ₡1.291.309.000, o sea el 70,3% del total de dicho producto. (3) Pero no conviene olvidar que en cifras absolutas el de valor mayor corresponde a la agricultura (30%) seguida por el comercio (24%) y que la industria viene tan sólo en tercer lugar con un 16,3%. He aquí las cifras para 1963:

Cifras en miles
Sector agropecuario ₡ 546,129 30 %

Sector comercial al por mayor, menor y mixto ..	435.285	24 %
Sector industria manufacturera	309.895	16,3%

que hace un total de..... ₡ 1.291.309 70,3%

sobre un producto territorial bruto a precios de mercado de	₡ 1.794.754	100 %
---	-------------	-------

(3) Pueden verse estas cifras en la interesante revista mensual del Banco Central de Reserva de El Salvador.

En todas las naciones de Hispanoamérica hace mucho tiempo que se venera a Juan Ramón Jiménez como el poeta moderno más alto de nuestra lengua. Por espacio de medio siglo nuestras revistas y periódicos han venido publicando incesantemente sus versos, artículos, cartas y aforismos. Se han ido publicando nuevas ediciones de "Platero y Yo". Su prestigio, ya grande desde 1910, creció en 1930 y siguió en línea ascensional hasta 1950. Con la concesión del Premio Nobel de Literatura, (1956), máximo galardón a que puede aspirar un hombre de letras, el júbilo de españoles e hispanoamericanos llegó a su colmo.

El Salvador hace honor a este poeta de nuestra raza hoy al dar su nombre "Juan Ramón Jiménez" a la escuela de niñas de Quezaltepeque.

Al cumplir los 22 años, Juan Ramón Jiménez había publicado ya cuatro tomos de poesías de alta calidad: "Ninfeas, Almas de Violeta, Rimas y Arias Tristes". En esta época, en que el poeta aparece sobrio, señoril, exquisito, pueden señalarse influencias de sus poetas predilectos. Góngora, Lamartine Byron, Bécquer, Espronceda, Verlaine, Heine, Shelley, Rimbaud y más que todo de Rubén Darío.

Madrid Modernista

1900. Juan Ramón llega provinciano, con sus 17 años, por primera vez a Madrid un Viernes Santo lluvioso. "Noche de confusas estrellas trastornadas, altas y bajas, exaltado desvelo, quizá fiebre, en el tren que venía a mayor niebla cada vez. Al fin, en la mañana arrollada tristemente, un Aranjuez relativo. Madrid cercano luego, misero, sin gracia, anodino en su cerro, derramado charco sólido; y ya, de pronto, con su rápido preludio sucio de herrajes mohosos y cristales rotos, la estación goteante" (4).

Esperaban al joven algunos amigos a quienes no había visto nunca sino en fotografías: Salvador Rueda, Francisco Villaespesa, Julio Pericler, Bernardo G. de Candamo... Aquella sensación de un Madrid frío, mojado, brumoso, le angustia el ánimo y siente deseos de volverse "en el ómnibus mismo al Moguer de mármol, rejas verdes, cal, tejas amarillas con flores, sol rubio en todo, bellísimo... "En el número 16 de la calle mayor le espera una familia granadina, amable, honesta, aburguesada, con quien el poeta vivirá esta primera temporada madrileña. Piso último. Olor a almuerzo". "Villaespesa —continúa diciéndonos el propio Juan Ramón— acabando todos de subir los doscientos escalones, me pidió que leyese en el acto mis versos; sin preocuparse de otra cosa, sin ver

ya nada ni a nadie, bajamos los dos los doscientos escalones, entramos en el café que había en la misma casa, y allí, mientras no sé si tomábamos no sé qué, le leí todos mis versos, mi profuso libro "Nubes", sentimental, colorista, anarquista y modernista, de todo un poco ¡ay! mucho. Llovía largo fuera; dentro, humo, plomo, férreo estrépito diferente. Yo, en ninguna parte. Cuando quise almorzar, cené". Así fue el primer día de Juan Ramón en Madrid (5).

Juntamente con los hermanos Machado, Villaespesa, Valle Inclán, el de las barbas de chivo, Martínez Sierra y otros, Jiménez, convertido en maestro de todos ellos, rodea a Rubén Darío cuando éste llega por segunda vez a España. Para él, en aquel entonces, el fundador del modernismo es el astro indiscutible, "porque creo que es usted el primer poeta de los que escriben en castellano, y con una gran superioridad sobre todos", como le dice en una carta privada al mismo Rubén. El tiempo se ha encargado de demostrar esta afirmación.

La capital vivía una hora modernista, con Rubén. Todo giraba en torno de este nombre mágico. El moguereno, que ya había sentido lánguidos efluvios desde su pueblo blanco, se vio de pronto sumergido en una atmósfera apasionante, en un clima que quería ser una actitud ante el arte y ante la vida.

Rubén traía una sensibilidad nueva, resplandeciente, una revolución en la métrica fundada en la medida del pie clásico, trisílabo o tetrasílabo, como el de su Marcha Triunfal o el de los Nocturnos de Silva, y pretendía que la palabra, por sí sola, tuviese un valor musical, una cadencia viva: armonía expresiva de afectos y de ideas. "Hay en cada verso —escribía— además de la armonía verbal, una melodía ideal".

Los poetas jóvenes comenzaban poco a poco a sentir este influjo y adoptaban los nuevos procedimientos. La intuición de los ritmos, el amor panteísta a la Naturaleza; todo un mundo fabuloso de paganas deidades, de estanques y de cisnes, de princesas y surtidores, irrumpía en la poesía española al compás de cadenciosos alejandrinos, de exámetros griegos y latinos y esdrújulos de efectos sorprendentes, Rubén lo invadía todo. Era el Lope de su tiempo.

Un incipiente modernismo vigoroso y exaltado nacía en América. El desdichado José Asunción Silva daba a conocer susurrando sus famosos nocturnos; Othón, Gutiérrez Nájera, Amado Nervo, Valencia y otros, se daban a conocer por las nuevas tendencias. No obstante es indiscutible que fue Rubén quien dio a este movimiento categoría de tal, inconfundible, infalsificable, quien fijó y dio normas, quien sentó las bases de esta inquietud modernista al pasar heroicamente toda la lírica herencia americana, abun-

(4) Los "Borradores silvestres" de Juan Ramón Jiménez, Prólogo a Primeros libros de poesía, Aguilar, págs. 17 y sigs.

(5) Los "Borradores silvestres" de J. R. J. etc. p. 18.

dosa y despilfarrada, llorona y palabarrera, por el cedazo sutil de los parnasianos y simbolistas franceses.

Rubén se jactaba de que las nuevas corrientes poéticas, lo que él llamaba movimiento salvador, hubiera nacido en América y no en España. Pero luego, por una paradoja volvía transformado por obra y gracia de Juan Ramón Jiménez a estos lares hijos de España.

Pero en el tiempo que historiamos, Rubén daba la pauta, y los demás poetas, el primero Juan Ramón, como a coro gritaban el nuevo evangelio lírico. Nuestro homenajeado recordará este clima con una concisión admirable: "Valle Inclán está leyendo, declamando, en un número de *"La Ilustración Española y Americana"*, los alejandrinos parnasianos de *"Cosas del Cid"*, de Rubén Darío. Juan Ramón Jiménez, Diecisiete años, macferlán gris y bombín negro, acaba de entrar con Francisco Villaespesa empacado a lo D'Annunzio. Casa de Pidoux, ¿calle del Príncipe? Un cuarto estrecho, largo, hondo, con una larga y estrecha mesa de despintado pino, sobre la que vierte melancólica luz una mosqueada bombilla sin pantalla. La mesa no deja casi sitio para las sillas, de clase y tamaño distintos, ni, es claro, para las personas que se acomodan como pueden, ocho, diez, quince (¿quién lo recuerda? muertos, lejanos hoy) alrededor. Todo feo, sucio, incómodo. Lo único bueno, al parecer, es el alcohol en sus múltiples destilaciones y etiquetas. Rubén Darío pide una y otra vez *whisky and soda*, coñac Martell tres estrellas. Personajes todos, sin duda, pero Juan Ramón Jiménez sólo se fija en Rubén Darío, que oye estático y en Valle, que recita metido. Rubén Darío chaqué negro y sombrero de media copa, totalidad estropeada, soñolienta, perdida. Valle, pantalón blanco y negro a cuadros, levita café y sombrero humo de tubo, deslucido todo. Rubén Darío estalla sus galas con brillo; a Valle la gala opaca funeral le sobra y le cae por todas partes. Rubén Darío, botarga, pasta, plasta, no dice más que "admirable" y sonríe un poco, linealmente, más con los ojillos mogoles que con la boca fruncida. Valle liso, hueco, vertical, le sonríe abierto, habla, sonríe, grita, sonríe, aspavienta, sonríe, se levanta, sonríe, va y viene, sonríe, entra y sale. Salen. Los demás

repiten "admirable, admirable", con vario tono. Admirable es la palabra alta de la época; imbecil, la baja. Con admirable e imbecil se hizo la crítica modernista. Rubén Darío, por ejemplo, admirable; Echegaray, por ejemplo, imbecil" (6).

He pintado este clima ambiente de Madrid al llegar a él Juan Ramón para encuadrarlo mejor en su marco. En ese entonces, traía sus versos agrupados bajo el título general de "Nubes"; pero sus amigos le aconsejaron hacer con todos ellos dos selecciones de distinto carácter. "Valle Inclán —dice— me dio el título de "Ninfas" para uno; y Rubén Darío para el otro, "Almas de Violeta"; y Francisco Villaespesa, mi amigo inseparable de entonces, me escribió unas prosas simbólicas para que fuésemos juntos, como hermanos, en unas páginas sentimentales atadas con violetas (7).

Un poco al margen del clima netamente poético, a veces confundida en algún matiz con él, se alzaba ya la que había de llamarse Generación del 98, con Unamuno, Azorín, el mismo Juan Ramón, Benavente, Baroja, Valle Inclán. Eugenio d'Ors y algunos más.

La permanencia en Madrid se le hacía difícil. La luz de su pueblo le reclamaba en los atardeceres melancólicos. Y un día gris, la nostalgia pudo más que la pequeña gloria cortesana, se sintió enfermo, un ataque repelido varios días le llenó del temor de la muerte. Entonces fue cuando, lleno de un misticismo inquieto y avasallador —según expresión suya— iba a las procesiones, y rompía todo un libro "Besos de Oro", de versos profanos (8).

Comienza la obsesión de la muerte. La muerte de su padre, D. Víctor Jiménez le hace encontrar su casa sombría. Vive una temporada en el campo. Los pinos del templado paisaje moguereno no logran aliviar su tristeza, y un buen día es llevado al sanatorio de Castel d'Andorte, en Le Bouscat, Burdeos.

Allí, en su jardín, escribió, sus "Rimas", que publicaba en Madrid al año siguiente. Era el libro de sus 20 años. Desde el sanatorio, el poeta hace excursiones por el pirineo francés. El paisaje recio de pinos y mar, de Arcachón, le impresionan. De entonces son estas poesías tomadas de "Arias Tristes" que damos a conocer:

RECUERDOS SENTIMENTALES

En la quietud de estos valles,
llenos de dulce añoranza,
tiemblan bajo el cielo azul,
las esquilas de las vacas;
se duerme el sol en la yerba,
y, en la ribera dorada,

sueñan los árboles verdes
al ir lloroso del agua.
El pastor descansa, mudo,
sobre su larga cayada,
mirando al sol de la tarde
de primavera, y las mansas

(6) Tomado de Prólogo de "Borradores silvestres" de J. R. J. Aguilar, p. 19 y sigts.

(7) Juan Ramón Jiménez, *Libro de poesías*. Prólogo "Juan Ramón Jiménez desde dentro", de Agustín Caballero, p. XXI, tomado de la *Revista Renacimiento*, Aguilar, 1959.

(8) Juan Ramón Jiménez, *Libro de poesías*. *Ibidem*, p. XXI.

vacas van, de prado a prado
 subiendo hacia la montaña,
 al son lejano y dormido
 de sus esquilas con lágrimas.
 ... Pastor, toca un alre vlej
 y quejumbroso en tu flauta;
 llora en estos grandes valles
 de languidez y nostalgia;
 llora la yerba del suelo,
 llora el diamante del agua,
 llora el ensueño del sol
 y los ocasos del alma.
 ¡Que todo, pastor, se inunde
 con el llanto de tu flauta:
 al otro lado del monte
 están los campos de España!

* * *

Yo dije que me gustaba
 —ella me estuvo escuchando—
 que en primavera, el amor
 fuera vestido de blanco.
 Alzó sus ojos azules
 y se me quedó mirando,
 con una triste sonrisa

en los virginales labios.
 Siempre que crucé su calle,
 al ponerse el sol de mayo,
 estaba seria en su puerta,
 toda vestida de blanco.
 Por el jardín florecido,
 ella reía y cantaba,
 cogiendo rosas y rosas
 en el sol de la mañana.
 Yo, ansioso, toda mi frente
 llanto sin salir, miraba
 el cielo azul del rocío
 que aún temblaba de las ramas
 —consuelo para mis ojos
 locos que se imaginaban
 que aquellas gotas del cielo
 caían de su nostalgia—;
 y para que ella no viera
 la tristeza de mi alma,
 intentando ahogar sus voces,
 también reía y cantaba.
 Y ella se fue con sus rosas
 y yo me fui con mis lágrimas
 detrás de ella, en la gloria
 de aquella mañana mágica!

PIRINEOS

Mi corazón tiene frío,
 —¿Qué quieres tú, corazón?
 ¿Por qué estás siempre tan muerto
 de cansancio y de dolor?
 —Yo no sé... Pasó a mi lado
 no sé quén... alguien pasó,
 y me arrancó la alegría
 como se arranca una flor.
 —¿Y la flor de tu alegría
 no sabes si perfumó
 una soledad sin flores
 y sin besos y sin voz?
 —¿Qué me importa que alegrara
 la tristeza que pasó,
 si yo me muero, rendido
 de cansancio y de dolor?
 —Sueña el blanco plenilunio.
 ¿Por qué lloras, corazón?
 ¡Noche azul de primavera,
 que no vuelva más el sol!
 —Quizá plense en ti su frente;
 quizá la canción de amor;
 que ella cante en su jardín
 vendrá hacia ti, corazón.
 ¡Vendrá hacia ti, mas ya sabes
 que hay tanta flor, tanta flor
 donde se enredan los cantos
 y los besos!

Qué sé yo...

ay! cuando venga el otoño
 tal vez vayamos los dos
 a encontrarnos en un bosque
 sin luna y sin ruiseñor.

He venido por la senda
 con un ramito de rosas
 del campo.
 Tras la montaña
 nació la luna roja;
 la suave brisa del río
 daba frescura a la sombra;
 un sapo triste cantaba
 con su flauta melodiosa;
 sobre la colina había
 una estrella melancólica...
 He venido por la senda
 con un ramito de rosas.
 Todo el campo estaba lleno
 de humo blanco. La cabaña
 tenía a su puerta flesta
 de tamboriles y flautas.
 La luna grana nació
 sobre la ermita. Las cabras
 iban, bajo las estrellas,
 a las vecinas majadas;
 y por los caminos verdes
 de luciérnagas, lloraban
 esquilas, como si
 llevasen dentro mis lágrimas.
 Yo nunca había subido
 a la colina; y mi alma,
 lánguida al sol, triste a ella,
 de tamboriles y flautas
 —en el campo soñoliento
 eternamente sonaban
 muy lejos, sin extinguirse,
 las esquilas de las cabras
 lánguida, ansiosa de huir,

entre la dulce añoranza
—estrellas, música, luna—
de la campiña aldeana,
se fue, dentro de mi cuerpo,
Y subió. Y a una luz plácida,
vio que al otro lado había
un valle verde y con agua.

* * *

Aquel ramito de flores
que me mandaste del campo
—¡ay azahar, ay jazmin!—
aún lo llevo aquí clavado.
¡No sé qué tiene, que no
se marchita! Su olor blanco
como una pregunta virgen,
sigue esperando, esperando... (9)

"A finales del 1901 sentí nostalgia de España, nos dice el poeta, y después de un otoño en Arcachón me vine a Madrid, al sanatorio del Rosario, blanco y azul, de hermanas de la Caridad bien ordenada. En este ambiente de convento y jardín he pasado dos de los mejores años de mi vida" (10).

"Una larga estancia en las montañas del Guadarrama me trae las "Pastorales", después viene un otoño galante —azul y oro— que da motivo a un "Diario íntimo" y a muchos "Jardines lejanos". Es éste un período en que la música llena la mayor parte de mi vida".

En un romance revivirá los recuerdos de su pueblo, cincuenta años después, con el título de "Moguer mío" que comienza así:

Muy buenas tardes, aldea,
Soy tu hijo Juan, el nostálgico,
vengo a ver cómo florece
la primavera en tus campos.
¿Te acuerdas de mí? Yo soy
el novio de Blanca, el pálido
poeta que huyó de ti
una mañana de mayo...

De 1904 a 1907 hay un paréntesis de silencios en la vida del poeta. Juan Ramón vuelve a su Moguer desilusionado y exhausto. De nuevo la obsesión de la muerte y hasta del suicidio.

De cuando en cuando recuerda el ambiente madrileño, el incesante clima literario de la corte. ¡Qué distante le parece ahora el mundillo cerrado, asfixiante, en que se debaten los jóvenes escritores! En Moguer el aire es más puro.

Por entonces escribe a Unamuno, el gran español con el alma atormentada, como dijera nuestro Embajador de España, el Dr. Antonio

Cacho-Zabalza, "Mi querido Maestro: Le envío a usted mis últimos libros. Tengo un verdadero gusto de ponerlos en sus manos. Cien veces antes de ahora, he pensado en enviárselos, pero muchas de mis proposiciones se derrumbaban vanamente cada día, entre la enfermedad constante que me anula la voluntad y el ansia de contemplación que me devora. En fin, nada es el tiempo. Deseo de usted una opinión sincera y severa, teniendo en cuenta que para mí la opinión no es como para un literato profesional o con afán de popularidades. Idealista como soy, la vida no tiene otra importancia para mí que la que le doy con mis éxtasis y con mis ensueños; y lo que estimo, porque mis sentimientos son ya musicales al nacer, es mi propia alma y mi misma carne; no son los míos dolores literarios, como alguien dijo; mis anhelos, mis dolores, mis sonrisas son ecos que yerran con mis versos. Lo que quiero saber son los puntos de contacto que mi espíritu puede tener con el suyo, tan derramado y tan complejo. Su admirador y amigo.

Juan Ramón Jiménez".

La paz del pueblo, la amistad, el reposo, la música, algún amor quizá, reaniman al poeta. Moguer está en su centro lírico. El poeta ha vuelto a sus versos cada vez más revolucionarios y más suyos. Ya no quiere influencias extrañas.

Ahora está escribiendo, también, "Platero y yo". Para ir y venir del campo a la ciudad, se le ha hecho indispensable un amigo ideal, "pequeño, peludo, suave, tan blando por fuera que se diría todo de algodón, que no tiene huesos". Es un burrito al que Juan Ramón le ha tomado mucha ley. "Le gustan las naranjas mandarinas, las uvas moscateles". Como es ya un poeta barbado, los chicos, cuando pasa con el burro por la calle de los Hornos, por la calle de San Antonio o por la calle de la Fuente, le llaman el loco. El poeta ha encontrado la compensación de todas las amistades renunciadas en aquel asno plateado que tiene ojos negros de azabache, negros espejos donde se copia la soledad de los campos (11). De aquella amistad están naciendo sin que lo advierta el poeta, unas páginas inmortales. "La elegía andaluza", no será sólo la elegía de Platero, románticamente enterrado a la sombra de un árbol de su casa de Moguer, sino también la elegía de todo un pueblo alto, triste, claro, luminoso, blanco.

La obra de Juan Ramón Jiménez tiene ya resonancias en profundidad y en extensión (de Platero y yo van publicadas hasta la fecha treinta y una ediciones en castellano, sin contar

(9) Juan Ramón Jiménez, *Primeros libros de poesía*, Aguilar, 1959, págs 266 y Sainz de Robles, *Historia, Antología de la poesía española*, Aguilar, 1955, pág. 1295 y sigs.

(10) Juan Ramón Jiménez desde dentro. *Prólogo a Libros de poesías*, Aguilar p. XXI.

(11) "Platero y yo", de Juan Ramón Jiménez. Depto. Editorial del Ministerio de Cultura, San Salvador, 1957, págs. 15 y sigs.

las piratas; ha sido traducido al italiano, holandés, alemán, vasco, israelí, sueco, inglés y francés), dando lugar por sí misma y por los ecos que ha suscitado a un renacimiento de la lírica española que no tiene parangón más que con el primer Siglo de Oro. Nace como un seguimiento al Maestro Juan Ramón el momento de la estilización popular en Lorca y Alberti y de la poesía pura de Salinas y Guillén, mediante la supresión de todo aquello que no tenga genuino valor lírico. En esta floración de nuestra lírica, por influjo de Juan Ramón, debemos agrupar también a Aleixandre, Cernuda, Gerardo Diego, Dámaso Alonso, Altolaguirre, Luis Rosales y el Conde de Foxá.

Juan Ramón, en la extensa obra poética de más de 40 libros, no ha necesitado nunca de andadores para ser poeta de veras original, pero ahora se ha convertido en Maestro no de discípulos, sino de eximios altísimos poetas.

Las formas puras, casi desnudas de todo artificio, se revelan en las estrofas de esta época que pudiéramos llamar de liberación del modernismo imperante. El mismo nos confiesa cómo huyó de esta escuela para volver a la primitiva desnudez, en su poesía.

Produce una emoción profunda reconocer en esta definitiva forma de Juan Ramón cómo ha llegado a ser paradigmática de sencillez y de elementalidad, únicamente aumentada en densidad hasta llegar a la genuina esencia poética de lo perdurable. En este último período del poeta logrado en plenitud de inspiración y de forma, la música, expresada en matices sugestivos de color malva y verde fuerte de dos etapas anteriores, se ha ido abstrayendo y el color es ahora sólo la desnudez del blanco; la música ha cesado también y sólo suena de puertas adentro, imperceptible, con sordina, casi hay que adivinarla o intuir la.

La noticia del Premio Nobel que le adjudicó la Academia Sueca de Estocolmo le llegó en el exilio que él mismo se había impuesto, a raíz de la guerra española, y en el hospital Mimiya de Puerto Rico, dos días antes de expirar su esposa Zenobia de Camprubí (28 de octubre de 1957).

Hacia ya algunos meses que se conocía la fatal trayectoria del cáncer que le iba minando hasta poder señalar los días contados que le quedaban de vida. A la cabecera del lecho sus más íntimos amigos le trajeron la noticia. Ella estaba demasiado débil para hacer comentario alguno. Poco después caía abatida en coma para no despertar más (12).

Juan Ramón no pudo gozar de tanta dicha en medio de la amargura que le produjera la muerte de su inseparable compañera, la verdadera inspiradora de sus versos y la que lo sostuvo en su ingente labor literaria. Ella, hondamente católica, moría, cuando Juan Ramón, en su vuelta hacia el buen camino, escribía de nuevo con mayúscula el Dios de su niñez, de los tiempos de Platero, de su colegio católico de Jesuitas donde había sido congregate mariano, del Kempis y de sus primeros versos. "Dios, el Poeta Supremo", "El Nombre conseguido de Nombres"; y ahora descansa Juan Ramón también junto con ella y con Dios para siempre en su querido Moguer (13).

Su casa es ya sólo museo, efeméride escolar como la de este día en que se da su nombre a esta escuela de la ciudad de Quezaltepeque. Es, así mismo, lugar de reunión de literatos que viven del recuerdo y de la admiración del poeta.

Juntos duermen en paz, él y ella y hasta Platero, su fiel amigo. Sólo así tendrán pleno sentido aquellos versos misteriosos, aurorales y últimos de Juan Ramón:

EL NOMBRE CONSEGUIDO DE LOS NOMBRES

Si yo por ti, he creado un mundo para ti,
dios, tú tenías seguro que venir a él,
y tú has venido a él, a mí seguro,
porque mi mundo todo era mi esperanza.

Yo he acumulado mi esperanza
en lengua, en nombre hablado, en nombre escrito;
a todo yo le había puesto nombre
y tú has tomado el puesto
de toda esta nombradía.

Ahora puedo yo detener ya mi nombramiento,
como la llama se detiene en ascua roja
con resplandor de aire inflamado azul,
en el ascua de mi perpetuo estar y ser;
ahora yo soy ya mi mar paralizado,

(12) Véase nuestro artículo titulado "Juan Ramón Jiménez ha muerto", ECA, julio 1958.

(13) Juan Ramón Jiménez. Libros de poesía, Aguilar, 1959, p. 1292, Poesía "El Nombre conseguido de los nombres".

Diversos modos de ayudar al Catolicismo en Nuestra América

José Cortina de Varona, Pbro.

Entre los sacerdotes extranjeros que llegan a nuestra América se pueden distinguir dos grupos bien diferenciados: muchos, la mayoría, vienen a colaborar abnegadamente en el esfuerzo de evangelización de nuestros pueblos, poniéndose al servicio de nuestras autoridades eclesíasticas y perseverando años y años en esta dura labor, con gran fruto de las almas. La Iglesia se lo agradece y celebra que hayan dado generosamente oídos a sus apremiantes voces en demanda de auxilio.

Hay otro grupo que viene, no tanto a ayudar, cuanto a aconsejar, a decirnos lo que debemos hacer y a echarnos —incluso— en cara lo que a su juicio ha estado mal hecho. No dudamos, tampoco, de su buena intención y aceptamos sus consejos e incluso sus críticas. Pero hay veces que estas apreciaciones se hacen tan a la ligera, con unos criterios tan personalistas y con un conocimiento tan superficial de la realidad, que es para poner en duda —si no su intención— por lo menos la exactitud y la oportunidad de tales "orientaciones".

Concretamente (y prescindiendo de otros casos bien conocidos) el sacerdote belga Francisco Houtart, ha emprendido últimamente la labor de divulgar por una parte y por otra lo que, a su juicio, es la situación del catolicismo en Cuba, visitando en varias ocasiones dicho país y haciendo sugerencias sobre la mejor manera de sacar partido de la precaria situación en que se halla allí la Iglesia bajo la tiranía del comunismo.

No todos los que conocen esta situación se hallan de acuerdo con sus apreciaciones y menos con sus críticas. Publicamos a continuación la carta abierta que le dirige desde Roma el sacerdote cubano José Cortina de Varona.

Roma, 6 de marzo de 1965.

Rdo P. Francisco Houtart
Bruselas
Bélgica.

Reverendo Padre:

He pensado mucho si sería mejor escribirle o quizás entrevistarme personalmente con Ud. Pero la consideración de que las palabras se las lleva el viento, mas lo escrito permanece, me ha movido a dirigirme a Ud. por medio de esta carta.

Quien le escribe es un sacerdote cubano, de la diócesis de Camagüey, expulsado violentamente el 17 de setiembre de 1961. Mi nombre es José Cortina de Varona.

En primer lugar, creo oportuno refrescarle un poco las circunstancias de esa expulsión. Después de los sucesos de abril de 1961, en que la mayoría de las iglesias de nuestra diócesis fueron sacrilegamente violadas y los sacerdotes reclusos en prisión —culminación de una campaña sistemática de persecución religiosa, denunciada ya por el Episcopado Cubano en su Carta Abierta al Primer Ministro Dr. Fidel Castro del 4 de diciembre de 1960— yo permanecí junto a mis hermanos en el sacerdocio sirviendo en una parroquia. Por cierto que a las puertas de nuestras iglesias montaba guardia permanentemente una pareja de milicianos armados de ametralladoras. El 9 de junio del mismo año —ya habían sido confiscadas todas las escuelas católicas, la Casa de Ejercicios Espirituales, la

SEMBLANZAS DE JUAN RAMON....

el mar que yo decía, mas no duro,
paralizado en olas de conciencia en luz
y vivas hacia arriba todas, hacia arriba.

Todos los nombres que yo puse
al universo que por ti me recreaba yo,
se me están convirtiendo en uno y en un Dios.

El Dios que es siempre al fin,
el Dios creado y recreado y recreado
por gracia y sin esfuerzo.
El Dios. El nombre conseguido de nombres (14).

(14) Juan Ramón Jiménez. Libros de poesía, Aguilar, 1959, p. 1291 y 1292.